

«Hicimos un viaje hasta allí toda la familia en vacaciones de Semana Santa hace unos 12 años, para comprar un caballo a Sofía. Todos tenemos el nuestro en la casa de las Navas, y solemos salir juntos de excursión a cabalgar por el bosque. También los llevamos al chalet de Chiclana en Cádiz, y recorreremos la playa de La Barrosa de punta a punta al atardecer, que es cuando hay menos gente. Luego hacemos una parada cerca del faro, y cenamos unos bocatas observando la puesta de sol. Sofía siempre montaba con mi padre, pero al hacerse mayor, el viejo «Niki», un percherón gris especialmente manso, comenzó a mostrarse algo cansado. Mis padres decidieron entonces comprarle uno. Querían que fuera un animal tranquilo y no muy grande para que mi hermana, que por aquel entonces tenía 13 años, pudiera montar siempre sola. De hecho ya lo hacía de vez en cuando con alguno de nuestros caballos, y sin silla, algo que nunca hemos entendido, con lo incómodo que es.

Así fue como conocimos al criador Adriá Dorcas, famoso por sus magníficos ejemplares de todas las razas y características, aunque tiene maravillas en frisonas, pura raza española y algún cuarto de milla. Concertamos una visita, y así fue como acudimos a su impresionante masía en Pals (Gerona), ubicada en un monte sobre el mar, con vistas a la cala de Platja Fonda, en la que nos enseñó sus *Florida crackers* más baratos y tranquilos. También posee una gama de caballos mongoles y ponis, que tiene muy bien cuidados. Mientras los veíamos, mi padre trató de llegar a un acuerdo sobre el precio, para conseguir un andaluz gris moteado estupendo por menos de 4000 €. Yo mismo quedé encantado con un ejemplar árabe muy ágil para sustituir al mío en su momento, mientras mi madre hablaba con la mujer del criador, que resultó ser conocida de una compañera suya del CSIC. Estábamos todos tan enfrascados en unas y otras cosas, que nadie se percató de la desaparición de Sofía. Tal vez porque tenía que ir al WC. El caso es que nosotros continuamos la visita sin reparar en su ausencia. De camino a las cuadras de andaluces, llamó nuestra atención un ejemplar blanco enorme de crines doradas y resplandecientes que agitaba las patas dando terribles coces a las puertas del re-

cinto que lo encerraba. Era un purasangre especialísimo por lo visto, tan bello como peligroso. «Hoy está especialmente nervioso. No sabemos por qué», le dijo el criador a mi padre, y aunque era la primera vez que observábamos esta raza especial, ni siquiera nos atrevimos a acercarnos para tratarlo más de cerca. Al alejarnos percibimos con temor, como tres cuidadores trataban de apaciguar sin éxito a aquella fiera inmundada, que seguía bufando, relinchando y golpeando las paredes de su cuadra con el genio incontenible de un demonio. Continuamos la visita hasta que mi padre llegó a un acuerdo con Adriá Dorcas. Tras un apretón de manos, se dirigió a Sofía para que eligiera el andaluz que más le gustara entre los pactados, pero no la encontró.

—Sofía, ¿Sofía? ¿Dónde está la niña?—preguntó mirando con preocupación a su alrededor—¡Sofía! ¿Sabéis dónde ha ido, Alvar?

Impresionados por los caballos de Dorcas, nosotros también caímos por vez primera en la cuenta de que Sofía ya no nos acompañaba.

Miramos en las cuadras y oteamos las extensas praderas circundantes, donde pastaban algunos ejemplares, mientras otros saltaban obstáculos de prueba, guiados por jinetes expertos. Los trabajadores que organizaban el heno, los piensos y el control veterinario a nuestro alrededor, tampoco habían visto a una chica morena y esbelta de 13 años. Mi padre la llamó al móvil sin obtener respuesta. Aquello era hartamente extraño, y más teniendo en cuenta que a Sofía le encantaban los caballos. Parecía imposible que consintiera en perderse aquella visita, cuando se iba a elegir precisamente uno para ella.

—Tal vez esté con mamá—dije yo, intentando despreocuparles.

—Vamos ahora mismo a comprobarlo—ordenó mi padre con nerviosismo.

Nos dirigimos a la colosal masía de los Dorcas, llena de puertas adornadas con forja de hermosas formas geométricas, y paredes parcialmente surcadas por hiedra verde. Al acercarnos, mi madre y Beatriu Granollers, esposa de Adriá Dorcas, nos saludaron contentas desde uno de los balcones del piso superior, lleno de pequeñas macetas con flores rojas. Pero ni rastro de Sofía. Nuestro anfitrión dio orden de búsqueda a todos sus trabajadores.